

Salida de emergencia

JUAN LUIS NUTTE

La despampanante Ángela muestra sus matriarcales tetas al ritmo del baile del perrito. Los parroquianos aplaudimos y aullamos como perros cachondos.

Jesús grita algo que se mezcla con la música, muestra un billete a la desnudista y ella sube a nuestra mesa, pega las nalgas a las narices de Jesús, eufórico y cada vez más pedo; nuestra sed no tiene madre, exigimos más cervezas. Ángela termina su table-dance y acomoda su cuerpo entre nosotros. Un mesero pregunta si deseamos alguna bebida para la reina: ordeno Pacíficos y un pomo de ron.

Ángela nos ofrece su boca y nos convida una chichi, un hombro, una nalga, una pierna para cada uno... Sus carnes aguadas, untuosas, frías, me hacen pensar en un pedazo de maciza de res; su jeta ahora que la tengo a una nariz de distancia, luce una plasta de maquillaje agrietado que en lugar de tapar las arrugas, las exagera culeramente.

De repente, dándole un cachetadón a Jesús, Ángela se aparta de nosotros mentando madres.

–Oye, Juan, creo que me cagué– advierte cínico Jesús.

Los vecinos de las mesas nos ven con cara de pocos amigos, tapan sus narices. Ángela, asqueada se abre paso entre las mesas; aparecen manos que pellizcan sus nalgas; llega hasta la barra, con el encargado del congal que no deja de vernos mientras habla por un walkie-talkie.

–Sabes qué, pinche Chucho, vete al baño, luego nos vamos a la chingada– le digo al oído mientras huelo su cagada.



Alejandro Pérez Cruz

Haciendo esos llega hasta los baños. No pierdo de vista a los mastodontes de seguridad reunidos con el encargado del putero. Enciendo un Camel con pulso firme, bebo del pomo de ron y volteo a los lados con actitud de partemadres. Tal vez esto intimide a los parroquianos que de vez en cuando me lanzan sus ojos chingativos; pero ellos no me preocupan, sino los sacaborrachos que no dejan de mirar hacia los baños.

La música atolondra... Los reflectores aclaran la pista de baile rebotante de neblina rosa. La desnudista en turno retuerce el cuerpo como si un látigo la flagelara...

Penumbras, gritos, rechiflas, meseros y putas corren de un lado a otro; lamentos y mentadas de madre. Sufro pánico, la negrura impide ver lo que sucede, algunos vasos se quiebran, me escondo bajo la mesa, intento calmarme, ser valiente, pues Jesús todavía está en el miadero.

Descubro a Jesús con toda la facha de santocristo; un sacaborrachos golpea su panza mientras otros dos lo mantienen en cruz y de su boca escurre basca y sangre.

-¡Déjenlo, pinches montoneros!- ordeno, luego me arrepiento y me preparo para una desigual madriza.

El encargado del congal hace una seña y

sus compinches dejan desparramar a Jesús. Su pantalón tiene manchas de mierda.

-¿Es tu cuate?...Quería darse a la fuga sin pagar el muy pendejo- dice un golpeador.

-Nel... -balbuce Jesús- sólo guacarié en el excusado.

-Por eso puto, hay cabrones que se fugan por allí -dice el encargado del congal -sobretudo si son mierdas como tú.

Vuelven a golpearlo.

No veo llegar el golpe que me saca sangre de la nariz.

Se nubla todo.



Maria Emilia Benavides